

El dolor y el sufrimiento ¿pueden llevar a la fe?

CEI, Cuadernos de Espiritualidad número 191, n° 1, año 2013

Señor que pueda yo a través de estas líneas dar testimonio de tu amor infinito y tu generosidad. Que pueda yo también dar testimonio de la ternura de nuestra Madre Iglesia que acoge en su regazo a aquellos que se han apartado.
Amen

Emma Bechelani¹

Introducción

Toda historia de conversión es especial y única, destila en ella lo milagroso, lo extraordinario, lo que no tiene explicación; sin embargo, en todas ellas pareciera resonar la parábola de la perla fina: “Sucede también con el Reino de los Cielos como con un comerciante que andaba buscando perlas finas; cuando encontró una de mucho valor, fue y vendió todo lo que tenía, y compró esa perla.” (Mt. 13, 45-46). Encontrar al Señor supone un remezón fuerte en nuestra vida y cuando esto sucede es como el comerciante del evangelio lo vendemos todo, lo damos todo para conseguir esa perla preciosa, el Señor. Hallarlo nos hace conscientes de que es preciso realizar un cambio radical en nuestra vida y ésta cobra sentido, se llena de alegría y somos felices de verdad. El encuentro profundo y verdadero con Jesús ha cambiado las vidas de muchos hombres y mujeres en forma definitiva. En las vidas de los santos, por ejemplo, hubo siempre una conversión, un momento de encuentro profundo con Jesús que provoca un cambio definitivo. Por ejemplo, la vida de San Francisco de Asís está marcada por su conversión. Antes de ello, Francisco era un juglar, poeta, un trovador, aficionado también a la guerra y a los negocios pues era

¹ Se ha utilizado un seudónimo para proteger la identidad de la persona que entrega aquí su testimonio. La autora es laica consagrada y se desempeña como profesora de literatura.

hijo de un comerciante. En palabras de Tomas de Celano: “Cautivaba la admiración de todos y se esforzaba en ser el primero en pompas de vanagloria, en los juegos, en los caprichos, en palabras jocosas y vanas, en las canciones y en los vestidos suaves y cómodos” (165) y se encuentra de pronto a Dios. Entra a la Iglesia de San Damián y contempla al viejo crucifijo y siente que Jesús le pide que reconstruya su iglesia. Desde entonces, este hombre cambia y aquellas cosas que antes habían sido importantes para él dejaron de serlo y todo lo que veía lo llevaba a Dios. Para él, la nieve, el canto de los pájaros, la iglesia derruida, todo era parte del tesoro de Dios. Francisco comprendió que antes de su conversión se había privado de la felicidad perfecta. Su vida cobró realmente sentido al encontrarse con la perla de Cristo.

Algo similar le ocurre a San Ignacio de Loyola, hombre con vocación a las armas, dispuesto a servir a su Rey, a todo evento, es gravemente herido en la batalla de Pamplona y durante su convalecencia, sometido a grandes dolores físicos, se encuentra también con el tesoro de Cristo, al adentrarse en la lectura de vidas de Santos, redefine su vocación de servicio teniendo sólo presente servir al Rey Eternal para su mayor gloria y honor. Como el mismo San Ignacio lo señala en su *Autobiografía*: “Hasta los 26 años de edad fue hombre dado a las vanidades del mundo; y principalmente se deleitaba en ejercicios de armas, con un deseo grande y vano de ganar honra.” (19) Durante su convalecencia: “estaba obligado a quedarse en el lecho. Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos que suelen llamar de “caballerías”, al sentirse bien, pidió que le dieran algunos libros para pasar el tiempo. Pero en casa no se halló ninguno de los que él solía leer. Así, le dieron un “Vita Christi” –Vida de Cristo—y un libro de la vida de los Santos, en castellano.” (22) y aquel acontecimiento puso en marcha su conversión, su encuentro profundo y verdadero con el Señor.

También en el personaje de Raskolnikov, el protagonista de *Crimen y Castigo* la célebre novela de Dostoievski existe una conversión. Recordemos que Raskolnikov es ese estudiante e intelectual en la Rusia zarista del siglo XIX que vive en un pequeño y oscuro tugurio, en uno de los distritos más pobres de St. Petersburgo. Desde el pensamiento de Raskolnikov existen ciertos seres superiores que están más allá del bien y del mal, que gracias a su capacidad e inteligencia superior, pueden pasar por encima de la ley y las

costumbres y establecer nuevas leyes y nuevas costumbres. Es por esto que concibe la idea de asesinar a una anciana avariciosa y de paso robarle algo de dinero, aunque su intención principal no es el robo, sino liberar al mundo de un ser humano que él considera despreciable. Sin embargo, la situación se escapa totalmente de sus manos pues al cometer el crimen de la avariciosa anciana es descubierto por la hermana de ésta y se ve en la obligación de asesinarla también y desde entonces se ve hundido por la culpa, plagado de alucinaciones que lo señalan como criminal. Se ha transformado en un asesino y teme ser descubierto. ¿Desde donde viene la salvación? La salvación viene de Sonya, una joven que se ha prostituido para dar sustento a sus hermanos, que viven sumidos en la más atroz pobreza. Es ella quién va reformando a Raskolnikov, y en una oportunidad lee para él la historia de resurrección de Lázaro del Evangelio de Juan y aquello causa un cambio cataclísmico en Raskolnikov. Admite su culpa públicamente, confiesa su crimen a las autoridades y acepta su condena en una prisión siberiana. Para Dostoievski esta conversión de Raskolnikov es una resurrección tal como la de Lázaro, pues el encuentro con Cristo, moviliza hacia la vida y hacia la fe. (232-236)

El propósito de este trabajo es presentar el testimonio de conversión de una persona que se encontraba profundamente perdida y distraída construyendo su propia Torre de Babel, muy al estilo de Raskolnikov, intentando ser Dios desde el ateísmo y deseando estar más allá del bien y del mal. El paso de sentirse completamente autosuficiente a sentirse verdaderamente pobre de espíritu y dependiente de Dios fue un proceso doloroso, pues implicó deshacerse de muchos prejuicios adquiridos desde la infancia, dejar que Dios derribara la torre de Babel para construir una vida nueva en conjunto con El. Esa persona que alguna vez fue atea es ahora laica consagrada y ha descubierto esa felicidad de la que habla Francisco y ha resucitado como Lázaro, como Raskolnikov, como tantos otros que Dios llama a pesar de su vida equivocada, extraviada. Esa persona soy yo y con profunda humildad comparto mi historia.

Infancia y juventud en calle San Ignacio

Nací el último día de Octubre del año 1973, año complejo, doloroso y crítico para el país. Las grandes utopías caen a fuerza de lágrimas y Chile ingresa en un profundo letargo

valórico. En mi casa se respira desde siempre, el miedo, la sospecha, y la desconfianza. Por gracia de Dios, mi mamá conserva su trabajo y se transforma en el sostén económico de mi familia. Mi padre pierde su fuente laboral y se reconcilia con la idea de permanecer en casa. Durante principios de los ochenta, en medio de la pobreza material nos vamos a vivir a una casa de adobe en la calle San Ignacio. Es una casa de altas paredes, muy fría donde viví la mayor parte de mi infancia y juventud. Hacia 1982 somos cinco porque se han integrado a la familia mis dos hermanas. En la dinámica de nuestra vida, los roles tradicionales se han invertido y quién sale a trabajar es mi mamá. Mi papá asume las labores de la casa y se encarga de nuestra educación. Mi papá es un hombre de buenos principios, generoso y de una profunda cultura atea y simpatizante de la política de izquierda. Es mi primera fuente de sabiduría sobre los temas importantes. Se preocupa de entregarme valores y una educación basada en el principio del libre pensamiento. En mi casa se lee mucho sobre filosofía, arte e historia, se escucha música clásica, pero siempre se cierne sobre todos el temor de ser descubiertos, de perder la vida y por tanto no tenemos amigos y no invitamos a nadie a casa. Sin embargo y a pesar del aislamiento, el miedo y la frustración cultivamos el sentido del humor y dedicamos la mayor parte de nuestro tiempo al estudio y la reflexión. Mi papá me motiva en la lectura de los grandes clásicos griegos y pasamos horas y días enteros leyendo. Hacia los años 90, el clima de terror se hace menos denso, el país ha recuperado su vida democrática y se respira una atmósfera más distendida.

Pasan los años, termino la enseñanza media en un liceo emblemático de niñas y entro a una universidad tradicional a estudiar Pedagogía en Inglés. La decisión vocacional había sido muy dura porque tenía diversos intereses y buen rendimiento sobre todo en matemáticas, pero opto por el inglés porque me gustan mucho los idiomas y siento vocación hacia la enseñanza. En la carrera me va muy bien. Pronto me transformo en ayudante de las asignaturas de Literatura inglesa y norteamericana y asisto a congresos sobre el tema. En uno de ellos conozco a un profesor expositor y comenzamos una relación amorosa. Al poco tiempo descubro por primera vez la intensidad del primer amor. Siento una profunda admiración por él, es inteligente, sabe filosofía y me enseña a Borges. La relación se va consolidando y yo me proyecto con él para construir una vida juntos, me siento

profundamente feliz y siento que todo en mi vida tiene sentido. Al cabo de dos años, este hombre que amo con todo mi corazón, decide renunciar a mí por otra persona y me abandona. Aquello fue una pérdida dolorosa, pues sólo tenía 22 años y carecía de las herramientas necesarias para encauzar de buena forma el dolor. Mi herida en vez de cerrarse se agrandó, se hizo cada vez más profunda y crónica. Con el paso del tiempo, me fui encerrando en mi misma. Fue una época de mucha lectura de autores complejos como Schopenhauer, Nietzsche, Cicerón y Séneca. Recuerdo que buscaba una respuesta al dolor, a la pérdida, quería indagar en el misterio del dolor y así, con esa inquietud comencé también a leer la Biblia. Me identifiqué con Job, con sus pérdidas, con sus sufrimientos, Quizás este pudo ser el momento en que me hubiera acercado a Jesús, pienso que había elementos que podrían haberme volcado hacia él. Las lecturas bíblicas que hacía en mi pieza, a solas, podrían haberme dado una respuesta, pero estaba tan distraída con mi propio dolor que no pude sentir la presencia de Dios.

Desarrollo académico

Terminé mi carrera en el año 97 y trabajé un tiempo en un prestigioso instituto de idiomas. Me iba bien laboralmente, descubría la alegría de enseñar, de ver progresar a mis estudiantes, pero en lo más íntimo de mi vida, sentía un profundo vacío existencial y entonces fue que me volqué al estudio de la literatura. Quería tapar mi dolor existencial con conocimiento, con teoría y de alguna manera lo conseguí. Logré distraerme por buena cantidad de años, estudiando primero un magíster y luego un doctorado en literatura. Fueron experiencias enriquecedoras, no cabe duda. Aprendí a analizar textos y descubrí que lo hacía bien. Descubrí también que además de ser profesora de inglés podía ser profesora de literatura inglesa y empecé a hacer clases en varias universidades. Me iba bien. Fue entonces cuando tuve clases de estética con un gran profesor. Un adventista de profunda fe religiosa, a quién yo le preguntaba por Dios. El decía que una vida sin fe era una vida en blanco y negro. Sabía la Biblia de memoria y hacía muchas de las interpretaciones literarias desde lecturas bíblicas. Me inspiró a leer más, los evangelios por ejemplo que nunca había leído, pero los tomaba como material textual, literario no como palabra de Dios. A pesar de que no podía sentir fe, me inquietaba el personaje de Jesús en los

evangelios. En esa época leí también varias novelas de Dostoievski. Me impresionó *Los Hermanos Karamazov*, especialmente en ese maravilloso diálogo creado por Dostoievski donde Jesús vuelve en su segunda venida y conversa con el gran inquisidor. En *Crimen y Castigo*, me impresionó el personaje de Raskolnikov que creía poder transformarse en asesino sin tener sentimientos de piedad pero finalmente comprende que no puede con su conciencia y se entrega a las autoridades para reparar el daño. Todas estas lecturas me hicieron presente a Jesús como un gran modelo, como un gran profesor de ética, pero para mi seguía siendo un personaje histórico, admirable claro está, pero no podía creer que hubiese resucitado de entre los muertos y fuese Dios. De todas formas, estas lecturas y la influencia de mi hermana que en ese momento estudiaba becada en la Universidad Católica y pololeaba con un ex – alumno del Colegio San Ignacio, me hicieron acercarme al Hogar de Cristo. Quería ser voluntaria, así es que asistí a la charla inicial y me deslumbró la bienvenida de Benito Baranda. Me sentí bien ahí y sentí un deseo profundo de ayudar, pero existía incompatibilidad de horarios y finalmente no pude incorporarme al Hogar de Cristo como voluntaria. A menudo cuando salía de mi casa y pasaba por el Colegio San Ignacio Alonso Ovalle veía a Benito Baranda con su furgón y con sus hijos. El no sabía en absoluto quién era yo, pero yo sabía quién era él y tuve el impulso de acercarme y contarle todo lo que me pasaba, pero no lo hice.

Una familia como proyecto de vida

Cuando comencé mi doctorado en 2003, creí sentir vocación hacia la familia y el matrimonio, aunque ahora creo que en verdad, mucho de eso, eran sólo temores, temor a estar sola, a verme sin hijos, a verme diferente de mis amigas que se casaban y comenzaban una familia. También sentía deseos de dedicarme a la investigación en literatura, pero en ese momento me parecía que una vida sin hijos carecía de la plenitud que yo esperaba, así es que en el 2004 decidí casarme por el civil con una persona con la que llevaba saliendo un año. Me da mucha pena confesar que no amaba y nunca llegué a amar profundamente a esta persona. Descubrir posteriormente lo irresponsable que había sido conmigo misma y con otros fue muy doloroso. Supe que tenía que separarme, pero tenía miedo de enfrentar el fracaso. El estudio de la teoría literaria y el trabajo de tesis me sirvió para tapar el dolor que

sentía. Yo sabía que había una verdad dolorosa que debía enfrentar pero también sabía que si lo hacía sería como lanzarse desde un precipicio, lo que encontraría en las profundidades de mi alma, me asustaba mucho, así es que decidí concentrarme en el doctorado y seguir adelante con mi vida. Fue un periodo que recuerdo con tristeza porque me sentía muy sola, lejos de mi familia de origen. En 2006, cometí otro error, al pensar egoístamente que teniendo hijos podría mejorar la situación de desamor en la que vivía, pero descubrí que había impedimentos biológicos y esto fue un golpe terrible. Ahora sí que sentía que mi vida era un sinsentido tremendo hasta que pensé entonces en adoptar.

Luz de esperanza

Hubo personas que conociendo mi situación, me impulsaron a seguir complejos tratamientos médicos. Me informé bastante al respecto y decidí que no haría nada de eso. A pesar de que no era católica tenía un profundo respeto por la creación de la vida y no me imaginaba a los médicos experimentando en mi cuerpo. Pensando en esos momentos desde hoy, sólo puedo sentir la ternura de Dios al guiarme en mi profunda soledad, pues yo, siendo atea le escribí a un sacerdote católico cuya dirección encontré en Internet y le conté mi problema. Pregunté, si estaba bien para la iglesia adoptar un niño. El me confortó mucho y seguí adelante con mi proyecto de adoptar. Escoger la fundación de adopción no fue fácil, había varias y finalmente decidí enviar mi postulación a un hogar de niños que quedaba en las cercanías de la ciudad de Rengo, fundado por un sacerdote italiano que conmovido por la gran cantidad de niños abandonados en las calles, decidió construir esta casa de acogida para niños sin hogar. Actualmente, este es un hogar de menores que tiene a su cargo niños de diversas edades, pero que en su mayoría entra en la categoría de “niños grandes” porque muchos son mayores de 5 años. No son muchos los matrimonios chilenos que quieren adoptar niños de esta edad y por eso muchos pequeños se van al extranjero.

Fueron casi dos años de larga espera, pero los aproveché al máximo concluyendo mi tesis doctoral. Gané una beca de estadía de investigación en la Universidad de Oxford y estuve trabajando en mi tesis doctoral por algunos meses con una profesora inglesa en 2007. A mi regreso puse todos mis apuntes en orden, concluí la redacción de mi tesis y di mi examen

de grado. Doctorarme fue una gran alegría. Era la culminación de una etapa académica e intelectual importante en mi vida. En diciembre de 2008, unos días antes de Navidad nos llamaron de la fundación de adopción para decirnos que había un niño para nosotros. Fuimos al día siguiente y conocí al que sería mi hijo, un pequeño de 7 años, marcado por una historia de dolor. Su sufrimiento me conmovió hasta lo más profundo de mi ser y sentí en mi interior el llamado a darle amor y cobijarlo en mi casa. Todo el mes de enero de ese año, fue de visitas, idas y venidas hasta la audiencia preparatoria en el Tribunal de Familia que decidiría si se podría venir a vivir conmigo. Felizmente, la jueza del tribunal dictaminó a favor nuestro y nos concedió los cuidados personales, la adopción plena sería otorgada algunos meses después, pero él ya tenía el permiso legal para vivir conmigo. Recuerdo el regreso a casa ese día. Sentía una gran alegría, verlo dormir esa noche en su camita que había preparado con tanto cariño. Ver al día siguiente que era mucho más pequeño de lo que yo pensaba, todos los miedos y ansiedades que traía consigo, sus fragilidades, todo aquello me entregó él además de su ternura y confianza. Fue arduo, pero hermoso.

En ese mismo tiempo que yo recibí a mi hijo, un compañero de la Universidad, ateo, igual que yo en ese tiempo, me comentó que recibiría su bautismo de adulto, que se haría cristiano. Fue algo que no comprendí en ese momento, pero él se veía tan feliz. Me contó que se había hecho amigo de un cura jesuita y que después de varias conversaciones había decidido bautizarse. Fue un testimonio muy interesante porque este compañero había sufrido mucho durante el golpe militar, su padre había sido asesinado en la forma más atroz y por tanto no tenía un concepto amable de Dios. Me imaginé la paz que sentiría después de convertirse en católico. Me dieron ganas de creer en Dios, me hubiera gustado entonces haber tenido fe.

2010, año del terremoto y muerte en cruz

El año 2010, fue el año del terremoto en Chile. Esa noche del 27 de febrero, pensé que perdería la vida. Mi casa se estremecía y desde el segundo piso oía cómo se caía todo en el primer piso. No sé como tuve la tranquilidad de espíritu para calmar a mi familia. Mi hijo se levantó y lo escuché rezar, pedirle a Dios llorando que le permitiera quedarse con vida. Tenía 9 años. Afortunadamente mi casa resistió y sólo perdí algo de cristalería. Lentamente el país fue volviendo a la tranquilidad y nosotros en familia a nuestros quehaceres. Sin

embargo, el terremoto abrió todas mis heridas pasadas. Acababa de cambiarme de trabajo desde una universidad pública a una privada y echaba mucho de menos a las personas con las que me había relacionado por más de 6 años. No estaba segura de haber hecho lo correcto. Sin embargo, lo peor estaba aún por venir, porque en mayo de ese año mi relación matrimonial ya no se podía sobrellevar y tomamos de común acuerdo la decisión de seguir cada uno por caminos diferentes. En el momento oportuno realizamos los trámites legales, pues se trataba sólo de una relación de tipo civil. Al principio experimenté una gran liberación interior y me invadió un sentimiento de euforia. Sin embargo después, comencé a vivir una profunda muerte espiritual. Atravesé una crisis valórica de proporciones, ya no sabía lo que estaba bien o lo que estaba mal, mi proyecto de vida se había destruido y tenía la sensación de inmenso vacío interior, no tenía ninguna esperanza en el futuro. ¿Cómo lo iba a hacer esta vez para tapan mi vacío existencial? Ya no podía volcarme al estudio, tenía un doctorado en literatura y eso no me había salvado de caer en la nada. Nuevamente me aislé en mi dolor, no dejé a nadie entrar en él, porque era tal el sin sentido de mi vida que ni siquiera podía hablar. Fue un año extremadamente duro, de mucho frío espiritual, de mucho sufrimiento.

El recuerdo de mi vulnerabilidad en ese entonces me hace temblar. La influencia de algunas personas que por ese entonces conocí fue muy negativa y sólo me lastimé el doble porque mis heridas se agrandaron. Es entonces que recuerdo haber entrado a la Iglesia de San Francisco Alameda y haberme quedado perdida en la contemplación de una imagen de Cristo en la Cruz que hay a la entrada. Fue un momento muy especial, casi místico porque sentí la revelación de que esa imagen era verdaderamente Jesús, pero al mismo tiempo era yo. Me quedé ahí mucho rato allí tratando de entender el caos de mi existencia y sintiendo que El era el único que podía comprenderme. Fue entonces que Dios tuvo misericordia de mí y me regaló la fe.

Reconstrucción y resurrección

En forma muy sutil, Jesús entró en mi vida. Recuerdo haber llegado a mi casa un día de enero de 2011. Encender una vela y agradecer las cosas buenas de mi vida, mi hijo, mi

mamá y la restitución del resto de mi familia, mi papá y mis hermanas, que se acercaron después de 5 años de ausencia. Todas las noches, encendía la vela y agradecía, no rezaba todavía, pero agradecía y sentí que aún tenía razones importantes por las cuales vivir. De pronto, no sé como ocurrió que empecé a orar y entonces, simplemente por la Gracia del Señor, solté el control, y crucé la delgada línea que me separaba de ser atea a ser creyente y fue como pasar de la muerte a la vida, de las sombras a la luz. Todo estuvo en atreverme a cruzar la línea, en soltar el control de la razón y entregarme a la fe. Entonces, sentí que todo tenía sentido, en el rompecabezas de mi vida las piezas encajaron con perfección y abracé la fe.

Le escribí a un sacerdote católico y le conté lo que me estaba pasando. El me señaló que mi conversión era producto de la participación del Espíritu Santo, un regalo de Dios y me instó a ir a Misa. Paralelamente a lo que yo estaba experimentando interiormente, mi hijo había comenzado a pedirme que fuéramos a misa. Así es que la solicitud de mi hijo unido al proceso que estaba viviendo de conversión fueron razones suficientes para comenzar a asistir. La primera misa de mi vida fue muy especial, trato de recordar cual fue el evangelio ese día, pero no logro recordarlo. Sí recuerdo la homilía del sacerdote que fue sobre el perdón. Sin embargo, para mí fue una experiencia extraordinaria en todo sentido. Lo primero que me impresionó fue lo llena que estaba la Iglesia el día domingo a las 12.00 del día y recordé la gran cantidad de domingos anteriores en mi vida que estuve haciendo cualquier otra cosa mientras toda esta gente estaba en la Iglesia. Por supuesto no pude participar mucho, pero recuerdo haberle pedido a Jesús que me concediera la gracia de aumentar mi fe. Me gustó mucho el ritual, me gustó la iglesia, me gustó la Virgen, me gustó la música. Supe entonces que era católica. Jesús me estaba llamando y me había llamado siempre a la Iglesia católica, es extraño pero nunca tuve dudas al respecto, jamás se me ocurrió volcarme hacia el protestantismo a pesar de que tenía una gran amiga Apostólica Pentecostal que había comenzado a invitarme a sus reuniones bíblicas.

En fin, empezamos a asistir a misa todos los domingos con mi hijo. Nos sentábamos en la parte de atrás y desde ahí seguíamos toda la celebración y cada pequeño detalle era un aprendizaje enorme para mí. Veía la imagen de Jesús en el altar y me llenaba de satisfacción y felicidad. Le pedí a Jesús que se quedara en mi corazón, que me diera

perseverancia y que me acompañara siempre. Tiempo después, pasé otra vez por la Iglesia de San Francisco Alameda, para ese entonces ya había aceptado mi conversión y sentía una necesidad profunda de estar en contacto con Dios. Ese día que pasé vi un letrero puesto a la entrada y decía las fechas de inicio de las catequesis de adulto. Pasé a la oficina Parroquial y pregunté qué días se daba la catequesis de adulto y me dijeron que era los sábados a las 17:30, así es que no lo pensé más y me inscribí en la Parroquia de San Francisco Alameda. Había además algo familiar en esa iglesia por los recuerdos que tenía de mi mamá que siempre le gustó la arquitectura y me llevaba ahí desde niña para admirar su construcción.

En Marzo comenzó la Catequesis en la Parroquia de San Francisco y me sentí muy feliz. Cada encuentro hacía que fuera profundizando mi fe. Escuchar a mis compañeros, sus búsquedas espirituales, a mis catequistas, ver el cariño y el amor que ponían en su catequesis, me fue enamorando de la fe. Comencé a entender el sentido del sufrimiento y a mirar mi pasado con amor y aceptación. Todas mis experiencias anteriores me harían una mejor persona, más humana, más empática y más plena. Así como Jesús cura a los leprosos y a los paralíticos en los Evangelios, me curó su amor a través de la oración y la lectura de la Sagrada Escritura que ahora hacía como palabra viva, que alimenta y no como texto literario.

El 04 de Septiembre de ese año fue mi bautismo. Viví esta experiencia con profunda alegría, humildad y agradecimiento al sentir que Dios haya podido amarme por tanto tiempo de la forma que me ama, haya perdonado todos mis extravíos y se haya preocupado por mí entre tantas personas que sufren, que haya visto mi dolor y me haya regalado la fe. Antes de bautizarme sentí el llamado profundo de hacer un retiro espiritual, esto era algo personal, no una exigencia de mis catequistas, pero sentí que era algo importante que debía hacer antes de recibir el bautismo. Busqué en Internet y di con la página de Centro de Espiritualidad Ignaciana. Me pareció muy interesante todo lo que allí decía y me inscribí en un retiro que se haría a principios de Agosto y asistí. Ese retiro, a pesar de ser sólo por el día, fue muy importante para mí porque me introdujo en el mundo ignaciano, en su forma particular de hacer oración. También fue decisivo porque Dios en su infinita bondad me regaló en ese retiro un acompañante espiritual. Desde ese momento el camino de fe fue acompañado, concepto que para mí era desconocido hasta ese entonces, pero gracias al

acompañamiento pude sanar muchas heridas psico espirituales, crecer en la fe y fue abriéndose ante mí un nuevo proyecto de vida como laica consagrada.

Recuerdo que en esos meses leí un libro que me impactó mucho. Se llama *Un Fuego que enciende otros fuegos* del P. Alberto Hurtado. Todas la reflexiones son hermosas, están llenas de amor y me dejaron entrever la fuerza del cristianismo; sin embargo, hay una reflexión que sentí era para mí. Se llama “El Rumbo de la Vida” una meditación que hace el P. Hurtado a bordo de un barco en febrero de 1946. En ella reflexiona sobre la tragedia de los que viven una vida sin sentido y en donde acertar con el sentido de la vida incluye en realidad tres puntos, el primero, el punto de partida, Dios y yo, la fe. El segundo punto, el punto de llegada, el término de mi vida que también es Dios y en tercer lugar, el camino, que es la voluntad de lo que Dios quiere. El P. Hurtado señala que el sentido de la vida es conocer la voluntad del Señor y tratar de realizarla. (33-35) Recuerdo que la lectura de esta reflexión me hizo pensar, con tristeza, en mi vida de antes, en el sinsentido de antes, pero me llenó de esperanza por todo aquello que estaba por venir. En Noviembre de ese año fue la Primera Comunión y en Diciembre la Confirmación. Ambos momentos profundos y emotivos de encuentro con Dios. Sentía que Dios me estaba llamando a la vida consagrada como laica, redacté mis votos y los dije en privado en la misa de la Primera Comunión.

Pasó el verano con algunos talleres y ejercicios espirituales ignacianos y en marzo de 2012 comencé los Ejercicios de San Ignacio en la vida corriente. Esto ha sido de las experiencias más impresionantes de mi vida, pues semana tras semana profundizaba en el conocimiento interno del Señor y de a poco, lentamente, Jesús fue confirmando lo que el año anterior se esbozaba como un nuevo proyecto de vida en la consagración como laica. El año 2012 fue un año de búsquedas diversas para vivir la consagración en comunidad y fueron varios los institutos seculares que conocí hasta incorporarme a un grupo de mujeres en discernimiento para fundar un instituto secular. Ha sido una experiencia hermosa de aprendizaje, de sentir la gracia de Dios interviniendo en mi vida al transformar todo aquello que estaba extraviado, descentrado y muerto hacia una vida llena de sentido.

Conclusión

Mi fe viene de la culpa, la caída, el extravío del camino de Dios, el nihilismo, el egocentrismo, la muerte espiritual. Viene de la escisión, del error y del dolor. Quizás por eso me identifico tanto con el personaje de Raskolnikov porque yo también fui una *Raskolnik* (de la palabra *Raskol*, que significa sisma, romper, separarse, apartarse). Así como Raskolnikov, mi transgresión principal fue intentar ser Dios, tratando de trascender el bien y el mal. Cuando Sonya lee el pasaje de la resurrección de Lázaro siento que también lo lee para mí, los espacios del Evangelio se van llenando con mi propia historia existencial. La lectura de la resurrección de Lázaro es un llamado a la conversión, la renovación de la vida. En mí se produce una transformación radical de la voluntad al aceptar el Dios de Jesús que me ama incondicionalmente. Un Dios que es amor y por este amor la Torre de Babel es dismantelada, abandono mis pretensiones de idolatría, dejando atrás la arrogancia de comportarme como si fuera Dios.

Entonces ¿puede el sufrimiento llevar a la fe? Quiero concluir con unos versos del poeta y mártir jesuita Robert Southwell de su poema "*The Virgen Mary to Christ on The Cross*" en este poema María, frente a su hijo en la cruz experimenta un dolor enorme al ser testigo de su muerte injusta y le dice a Jesús:

Behold Thy mother wash'd in tears²:

La experiencia de ver a Dios en la cruz, es el momento de mayor cercanía y de máximo amor entre Dios y su creatura. El momento definitivo en que Jesús se entrega por amor, se hace vulnerable y muere. La contemplación de este amor infinito es una experiencia culmine y definitiva, pues después de esto sólo es posible la conversión. La alusión al baño de lágrimas de María, hace vislumbrar que su dolor será fecundo, hay una promesa de renovación y nacimiento a una nueva vida que viene de la aceptación y agradecimiento del amor infinito y gratuito de Dios. Ella lo observa debatiéndose en el dolor de la cruz y sin embargo, sus lágrimas prefiguran el milagro de la resurrección. Ella y su amado hijo nacerán a una nueva vida. El dolor y resurrección de la cruz se hace fecundo en la resurrección, como Raskolnikov regresa a la vida después de su muerte espiritual, todo

² Contempla a tu madre bañada por las lágrimas.

aquel que encuentra el sentido de su dolor en Cristo, se abre a la fe y a la resurrección, como fue mi caso también frente al Cristo crucificado de la iglesia de San Francisco.

Obras citadas

Celano, Tomas. “Vida Primera” **San Francisco de Asís. Escritos y Biografías. Documentos de la época.** Madrid: BAC, 2011

Dostoevsky, Fedor. **Crime and Punishment.** Hertfordshire: Wordsworth Edition, 1993.

Hurtado, Alberto. **Un Fuego que Enciende Otros fuegos.** Páginas escogidas del padre Alberto Hurtado, S.J. Santiago: Centro de Estudios y Documentación Padre Hurtado de la PUC (ed.), 2004.

San Ignacio de Loyola. **Autobiografía.** Santiago: Centro de Espiritualidad Ignaciana (ed.), Sin año.

Southwell, Robert. “The Virgin Mary to Christ on the Cross” **The Poetical Works of the Rev. Robert Southwell.** William B. Turnbull, Esq., ed. London: John Russell Smith, 1856. 123-4. Edición digital en Luminarium. www.luminarium.org. 2007, 2012.